



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Guardias de corps.

El marquesito de Chaverny no era el mismo. Cierta que si había perdido las orgías de Gonzaga había hallado las del Regente, que no dejaba de invitarle á sus saturnales; pero asistía á estas fiestas cotidianas con semblante melancólico, y su risa no sonaba como antaño insolente y clara.

Felipe de Orleans casi había olvidado ya el destierro de Mantua y sus *enrodados*: tenía otras cosas más importantes en la cabeza. Se sospechaba de la corte de Madrid. La pequeña corte de Secaux, en que reinaban los duques del Maine, ardía en un volcán. Todos los adversarios del Regente eran recibidos en ella con los brazos abiertos, y en los bosquecillos, mientras recitaban versos y La Grange-Chancel leía sus

nuevas filípicas, se tramaba la conspiración de Cellemare.

Bien que todo esto era de la incumbencia del clérigo Dubois, que hacía méritos para conquistar una mitra. El Regente se limitaba, en compañía de la Fillou, á conciliábulos cuyo fin era muy otro que la salvación del Estado, aun cuando aquella mujer hizo más de una vez papel de espía, además de los de Celestina. Tenía una llave que le permitía llegar hasta el gabinete del Regente en el Palacio Real, sin necesidad de que nadie la introdujera. Ibaguet, el portero principal, y Breon ayuda de cámara del Príncipe, tenían orden de *no verla*. Ella fué la que descubrió la conspiración.

Una de sus pensionistas tenía cita con el secretario del príncipe de Cellemare, embajador de España. El viaje de Portocarrero, que llevaba importantes despachos á Madrid, retrasó al secretario, que cometió la imprudencia de decirse-lo á su amada para excusarse de su falta de puntualidad. La Fillou lo oyó, y avisó á Dubois. El emisario fué preso, los documentos hallados eran comprometedores en el más alto grado: entre otros, una lista de sesenta conjurados. Se trataba nada menos que de secuestrar al niño Rey y al Regente, y proclamar á Felipe V de España rey de Francia. Mientras llegaba de Ma-

drid gobernaría á los franceses en su nombre Alberoni, el privado, que era quien más iba á ganar con la reunión de las dos coronas, y, por ende, el alma del complot.

Pocos días antes de su descubrimiento Chaverny salía de una de las cenas del Regente, y comenzó á andar por las calles sin rumbo fijo y absorto en sus pensamientos. La Luna llena alumbraba las calles de la ciudad mucho mejor que los famosos quinqués humosos, de los cuales M. Voyer de Argenson no hacía caso alguno, demasiado ocupado noche y día en el convento de la Magdalena de Trianel.

El joven caballero caminaba por la orilla del Sena pensando que desde la marcha de Lagardère, y una vez que pasó éste de Chartres, no había noticias del caballero, ni de la duquesita de Nevers, ni de doña Cruz. Bien es verdad que hacía algunos días que no visitaba para pedirselas á la princesa de Gonzaga, la cual desde el rapto de su hija en el cementerio de Saint-Magloire estaba sumida en el mayor desconuelo.

—Mi prima me prometió informarme si recibía alguna—se decía mientras andaba.—Por su parte el Regente tampoco sabe nada, pues me lo hubiera dicho. Tal silencio es muy raro. Hoy mismo iré á ver á mi prima la de Gonzaga.

Esta decisión desarrugó un tanto su frente. Chaverny no era hombre de los que se dejan dominar por ideas lúgubres, y comenzó á silbar una canción picaresca. Al llegar al Puente Nuevo oyó pasos á la vez delante y detrás de sí: delante tenía un hombre, y detrás tres. Con una rápida ojeada, y prescindiendo del número, el joven comprendió que de los que tenía algo que temer era de los que le seguían. Con efecto; no tenían trazas de pacíficos vecinos ni de polizontes, y, á menos que fuesen muy miedosos, nada justificaba que llevasen los aceros desenvainados. El que estaba solo, por el contrario, lo llevaba al cinto; iba embozado en una capa oscura, y pasó de largo sin volver siquiera la cabeza.

El Marqués se aseguró de que no iba á reunirse con los otros, y una vez tranquilizado á este respecto vió que los tres malandrines se le acercaban á todo escape hablando entre sí en voz baja. Sacó su espada, amenguó el paso, y de pronto se volvió poniéndose en guardia. Era tiempo: tres aceros le amenazaban.

—Somos — dijo uno de los espadachines — pobres gentileshombres sin dinero obligados á mendigar de los transeuntes. Aquí tenéis mi sombrero, monseñor: echad en él algunas libras por caridad.

Diciendo esto puso su sombrero en el pasamano del puente y quedó en guardia entre sus dos compañeros.

—¡Vaya un modo de pedir limosna, caballeros!—dijo riéndose el Marqués.—De ordinario deposito mi óbolo en la caja de los pobres de la iglesia de Saint-Magloire, sin que me lo pidan.

—Mi sombrero es una caja como otra cualquiera, monseñor.

—No. Está grasiento, y me mancharía los dedos.

Y con un revés de su espada lo envió al Sena.

Inmediatamente se trabó el combate. Chaverny vió que era serio: los malandrines eran diestros y de puño sólido.

El hombre que se perdía embozado en la oscuridad se detuvo al oír el chischás de los aceros y retrocedió.

—¡Voto á sanes!—pensó el Marquesito. ¡Si es de la banda, pudiera muy bien tener que faltar por mucho tiempo á las cenas del Regente!

—¡Manteneos firme, caballero!—le gritó en aquel instante el desconocido.—¡Soy con vos en seguida!

Estas palabras hicieron volver la cabeza á los tres malandrines; ocasión que aprovechó Chaverny para clavar el brazo de uno de ellos á su cuerpo. Á pesar de la sangre que brotó de su

herida, el espadachín no se dió por vencido y cogió la espada con la mano izquierda, continuando el combate no menos temible. Los desconocidos eran buenos esgrimidores: debían de ser maestros de armas provincianos llegados á la capital en busca de fortuna.

Quizás su sistema no era el mejor, como se lo demostraron en breve Chaverny y su compañero, que no tardaron en hacerlos huir, yéndose prudentemente á pedir limosna á otra parte. Dos de ellos iban heridos, y uno de estos perdió su sombrero. En cuanto los dos jóvenes se hallaron solos se miraron, y lanzaron al mismo tiempo sendas exclamaciones:

—¡Navailles!

—¡Chaverny!

—¡Calle! ¿No te fuistes con Gonzaga?

—Ya lo ves. Lo que no me impide estar desterrado como los otros.

—¿Tú desterrado?

—Puedo asegurártelo. Mi nombre figura en la lista escrita y firmada de puño y letra del Regente mismo. Así, como malditas las ganas que tengo de dar una vuelta por la Bastilla, sólo salgo de noche.

—Gracias á esa circunstancia te has hallado tan á punto para prestarme auxilio.

—Así es.

—Pues bien, mi querido Navailles; servicio por servicio. Antes de veinticuatro horas habré visto al Regente, y podrás pasearte á plena luz del día. Pero una pregunta aún: ¿por qué no acompañaste á Gonzaga?

El Marquesito sabía que de todos sus amigos de la víspera era aquél de los más sinceros. Por eso le dirigió tan franca pregunta.

—¿Por qué no le acompañaste tú tampoco?— replicó Navailles irguiendo con altivez la cabeza.

Ambos amigos se miraron un instante en silencio.

—¿Por qué?—dijo Chaverny cogiendo y estrechando la mano de su camarada.—Porque ni tu ni yo hemos nacido para servir á asesinos. Tenemos un fondo de conciencia sana todavía en medio de la podedumbre actual. Si hubieras estado á mi lado en el cementerio de Saint-Magloire, acaso las cosas hubieran sucedido de otro modo.

Navailles bajó la cabeza. Como se recordará, fué él quien hirió á Chaverny.

—Cuesta mucho—murmuró—sacudir el yugo que uno mismo se ha impuesto. Pero no vacilé en cuanto vi que atacaban á mujeres. Si me hubieran tocado algo, hubiese acompañado á Lagardère.

El Marqués le abrazó.

—Hemos sido locos, y es hora de tener cordura. ¿Adónde ibas?

—Por ahí, á dar aire á mis pulmones, y estocadas á los malandrines que se permiten atacar á los gentileshombres.

—Ven á mi casa. Charlaremos, y te comunicaré un proyecto que ha de agradarte.

Cogidos del brazo continuaron su camino á la luz de la Luna. La calle de Arras, vulgarmente llamada *de las Ratas* por los estudiantes, «*en la que se alimentaban grandes ratas*», según un estribillo que se había hecho popular, estaba desierta: los escolares dormían. En ella, no lejos del palacio Golbert, vivía Chaverny.

Cuando su criado les hubo servido una garrafa de vino y dos vasos, le envió á dormir, se sentó en un sillón frente á su huésped y amigo, y dijo:

—Voy á explicarte mi proyecto.

—Escucho. Vamos á ver si la cordura puede hablar por tu boca.

El Marqués cruzó una pierna sobre la otra y repuso:

—Creo que sí. Entre el loco Chaverny de antaño y el Chaverny actual han pasado ocho días con ocho noches. Y, además, los acontecimientos maduran á los hombres.

—¿De modo que te crees maduro?—preguntó Navailles sonriendo.

—¿Qué opinas del caballero de Lagardère?—interrogó el Marquesito en vez de responder.

—Todavía hay valientes en Francia; pero no hay quien lo sea más que él. Además, es honrado y leal, cosa muy rara en estos tiempos.

—¿Estarías dispuesto á servirle?

—Hemos servido á Gonzaga contra él. Hubiera sido más digno de nosotros hacer lo contrario.

—Así opino yo también. Tu opinión ahora sobre mademoiselle de Nevers.

—Es digna de él. Si mi espada puede serle útil alguna vez, la pongo á su disposición. Tú has sido más feliz que yo: has podido ofrecerle la tuya.

—Lo que no ha servido de nada; pero no por mi culpa.

—¿Y tú herida? ¿Se ha cicatrizado?

Y Navailles pronunció esas palabras con cierto temblor en la voz, delator de su emoción.

—Perdona—añadió;—pero tú mismo te metiste en el acero...

—Hablemos de otra cosa. ¡No vale la pena recordarlo! ¿Qué opinas de doña Cruz?

—Si tuviera de ella la misma opinión que tú, tendrías celos. Tengo el presentimiento de que

será marquesa, y así lo deseo. Por lo demás, aunque yo tuviera algo mejor que ofrecerle, no lo haría, porque la amas tú, y ella te ama á ti.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Bah! ¿No tengo ojos para ver y oídos para oír? Dime si no es verdad lo que he dicho.

—Es verdad. Algún día se celebrarán las bodas, no como las había pensado Gonzaga...

Se calló. Después de breve pausa preguntó Navailles:

—¿Dónde están?

Se refería á Lagardère, Aurora y Flor: no necesitaba mentarlos.

—Lò ignoro. Ni el Regente ni la Duquesa tienen noticias. Eso es precisamente lo que me inquieta.

—Hay un medio seguro de saberlo.

—Sí; y eso era lo que iba á proponerte.

—¿Deseas que te acompañe?

—Eso es. Si no te hubiera encontrado esta noche, amigo Navailles, hubiera partido solo. Quería pedir hoy mismo licencia á mi prima la Princesa, y esta noche al Regente. ¿La pido para los dos?

—Dispón de mí, Marqués. No tengo que reconquistar una novia como Lagardère y como tú; pero, á lo menos, lavaré mi mano de la mancha que le imprimió el servicio de Gonzaga y la

obediencia á Peyrolles. ¿Es eso lo que pides de mi amistad?

Chaverny le abrazó.

—¡Gracias!—dijo.—Si el caballero no ha vuelto, es que Gonzaga conserva aún su presa. Podemos ayudarle á recobrarla sin verter la sangre de Montaubert, de Nocé y de los demás. Nuestra venda ha caído antes que la suya: quizás por sí mismos se vengan con nosotros. El día que Lagardère sólo tenga delante á Gonzaga y á su factótum, ¡qué terribles cuentas les ajustará!

—España es grande. ¿Hallaremos al caballero?

—Las huellas de un hombre como él son fáciles de seguir. Persiguiendo á los raptores jalone su camino de estocadas.

Los dos amigos pasaron la madrugada concertando su viaje. Almorzaron, y á las tres de la tarde se presentaron en casa de Mad. de Gonzaga. Navailles no temía ya la Bastilla.

Desde el día que Chaverny llevó á Aurora el pañuelo de Lagardère en que éste le escribió con su propia sangre en el Chatelet, y más aún después de la lúgubre noche de Saint-Magloire, en que cayó al lado del caballero defendiendo á Aurora de Nevers, la Duquesa viuda le profesaba el mayor afecto. Llevaba aún sus vestidos de luto, y su pálido rostro, surcado por el llanto, se iluminó con plácida sonrisa al

tender la diestra al Marqués afectuosamente.

—Queridísima prima y señora—dijo éste,—los días pasan sin que vuestros hijos regresen al hogar.

Gruesas lágrimas se deslizaron por el rostro de la Princesa.

—¡Lloro é imploro—sollozó;—pero Dios no me oye!

—Venimos á pedir una gracia, noble señora.

—Hablad. Desde luego que estará concedida de antemano.

—Tanto M. de Navailles como yo creemos cumplir un deber...

—¿Este caballero es M. de Navailles? ¿No era uno de los favoritos del Príncipe?

—Sí, señora—repuso el designado;—y por eso quiero expiar mi culpa. He ayudado á que os arrebataran á vuestra hija; pero advertí que siguiendo al Príncipe mi honor se empañaba, é hice un cambio de frente. Mi honra ante todo. Por eso me hallo en vuestra presencia.

—¡Dios os perdone, como yo os perdoné ya! Si M. de Chaverny os lleva consigo, es que está seguro de vos.

—Si nos lo permitís, señora, mañana estaremos en la carretera de España. Acaso nuestros brazos no sean inútiles á Lagardère. Somos de esos cuerpos que forman escudo...

—¡Escudos en que espadas malditas abrieron brecha! ¿Cómo sigue vuestra herida?

Navailles palideció; pero tuvo fuerzas para decir:

—Esa espada maldita, señora, fué la mía; pero la he tirado lejos de mí. La que llevo al cinto es virgen, y ha de contribuir á salvar á vuestra hija. ¡Benedicidla, señora!

La desenvainó y la presentó, inclinándose respetuosamente ante la Duquesa viuda, que trazó en ella con la mano el signo de la Cruz y besó el acero.

—Desde hoy está consagrada á vuestros hijos y á vos, señora—exclamó Navailles.—¡No servirá otra causa!

—¿Nos autorizáis á marchar?—preguntó Chaverny.

La Princesa pasó á su oratorio, se arrodilló al pie del crucifijo colocado sobre el retrato del Duque, y oró breves instantes.

—Me voy con vosotros—dijo al volver al lado de los jóvenes.—Mi deber es ir también á buscar á mi hija.

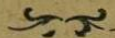
—¿Lo permitirá el Regente?—objetó el Marqués estupefacto.

—Felipe de Orleans no puede rehusar esa licencia á la viuda de Nevers. Si no la diera, iría á pedírsela al mismo Rey.

Chaverny sabía que las decisiones de aquella mujer eran irrevocables. No se atrevió á insistir para disuadirla.

—Si nuestra escolta os parece suficiente, estad persuadida de que nuestra vida os pertenece.

—Caballeros, vuestra conducta de hoy redime vuestros errores de ayer. Contad con mi agradecimiento eterno. ¿Queréis acompañarme á ver al Regente? Confío en que mañana podremos salir de París, y en que Dios devolverá los hijos á su madre.



IV

Con el Embajador.

El viaje fué para Chaverny una serie de etapas que pasó alegremente, sin otra preocupación que ir lo más aprisa posible para encontrar cuanto antes á Lagardère y á Aurora de Nevers, y sobre todo á su adorada Cruz.

Su corazón palpité más aceleradamente en cuanto dejó atrás los Pirineos. Por lo pronto, no podía apartarse de su camino: tenía que cumplir ante todo su misión oficial; el interés de Francia estaba por encima de su interés particular. Pero tenía ocho días de plazo para estar en España. ¿Y qué no se puede hacer en ocho días, con buena voluntad y propósito decidido de emplearlos bien?

Ya estaba en la carretera de Zaragoza á Madrid, y ningún obstáculo se había presentado: